ducta, y la asiduidad á los deberes de su plaza, que se atribuía á una razon perfecta. Es fácil usurpar una buena reputacion por medio de los mismos defectos; pero no de conservarla. La preferencia de la Duquesa por la señorita de Artigni, fué determinada por los motivos mas prudentes; pero padeció un error, cuyas consecuencias fueron muy funestas. Las jóvenes que, como la Duquesa, quieren buscar amistades virtuosas, deben procurar unirse á personas de una edad madura; de estas puede formarse juicio sin conocerlas; porque la estimacion adquirida, despues de largo tiempo, cuasi siempre es fundada.

Durante el viaje de Fontainebleau, una de las mas hermosas tardes de Verano, se paseaba el Rey sobre el terraplen del Castillo: notó, que cuatro jóvenes habian atravesado el patio del Tibér, y entraban precipitadamente en los sotos; la obscuridad no permitia conocerlas. S. M. experimentó aquella especie de curiosidad, que comunmente entre los príncipes nace del enfado y de la ociosidad, y ordenó en secreto á Beringhen las siguiese, tomando él igualmente el camino de los bosquecillos. Las jóvenes eligieron asiento en unos bancos de hermoso verdor, y empezaron á conversar de una fiesta que Madama habia dado el precedente dia, en la que S. M. y algunos personages de la córte habian bailado. El Rey, y Beringhen se ocultaron entre el follage, y escuchaban atentamente esta conversacion. Se trataba de quien debia llevar la preferencia entre los concurrentes: la una se declara por el marqués de Alincourt (despues mariscal de Villeroy); la otra por Monsieur de Armagnac; la tercera por el conde de Guiche; la cuarta guarda silencio: se le obliga á romperlo.... y, entonces se hace oir la voz mas dulce y mas tierna. ¿Es posible, dice, que se hagan remarcables los sugetos que habeis nombrado, delante del Rey?.... Ah! ¡es preciso ser Monarca para agradaros! No, replicó, su corona nada añade al hechizo de su persona, antes disminuye el peligro: seria mas temible, si no fuese Soberano; porque al menos preserva de otra seduccion. A estas palabras, el Rey sumamente conmovido se retira; prohibe á Beringhen contar esta aventura, y vuelven al Castillo. Toda la noche pasó ocupado del secreto que habia sorprendido, tan vivamente lisongero á su amor propio: mas ¿quién era esta jóven que le preferia, sin ninguna pretension, y con tanta sinceridad?

Una de las camaristas. ¡Cómo no lo habia observado? El estaba seguro de no haber oído jamás este metal de voz encantador, que le habria herido.... Se promete descubrir esta voz tierna, no por la figura, sino oyendo hablar todas las Damas de la córte: su oído solo debe esclarecer su corazon, y dirigir sus deseos. La mañana siguiente se presentó temprano en el círculo de Madama, recorrió con la vista el grupo de las camaristas, y entrevió un semblante encantador detrás de la señorita de Artigni: al momento se acuerda de la jóven enlutada, que dos meses antes le habian presentado, cuya figura noble y melancólica le conmovió, y que desde entonces se mantenia tan retirada, que no la habia vuelto á distinguir entre sus compañeras.... *Si, ella es!....* El lo queria así, lo creía, y esta idea le causa una turbacion indecible. Se empiezan á arreglar las partidas de juego, y, entretanto, Luis se acerca al grupo de las camaristas, dirige la palabra á la señorita de Pons; pero teniendo los ojos fijos en la Duquesa: esta baja los suyos, y se sonrosa; el Rey se abanza, le habla; ella se sobresalta, se pone pálida, responde con una voz temblorosa; pero que no puede desconocerse. Ah, ella es!....

Desde este momento no miraba el Rey en el cuarto de Madama sino á la Duquesa. El cuidado de ocultar su amor, aumentó el ardor y la delicadeza. Tomó diestros informes del objeto que exclusivamente le ocupaba, y todo cuanto supo acabó de cautivarle. Oia alabar su talento y candor; que se adoraba su carácter; en fin todo, hasta la sencilléz de su educacion, concurria á hacerla interesante á sus ojos. ¡Cuantas veces su inocencia é ingenuidad, se la hacian parecer mas jóven entre sus compaieras de igual edad! La coqueteria envejece al parecer; porque su instinto y astucias, se asemejan á la experiencia; la sencilléz será siempre la flor mas fresca de la juventud.

Al dia siguiente volvió la córte á S. Germán, y al inmediato propuso el Rey un paseo á los bosques de Vincennes. Partieron en calesas: Luis acompañaba á Madama; pero la Duquesa iba en otro carruage. Encontraron en el bosque una tienda de campaña hecha de follage, llena de exquisitos refrescos: dejaron los carruages, y toda la córte se reunió bajo este pabellon de verdura y de flores: rompe una música campestre: las ninfas, los sivanos, y los zagales del bosque, corren de tolas partes, y vienen cantan-

do graciosas coplas hechas por Benserade. Los zagales presentan flores á las damas, y la Duquesa elige una de lís: al ejecutarlo levanta sus ojos con timidéz, y se encuentra con los del Rey que estaba á su lado, y colorreandose sus megillas dice: esta flor es tambien símbolo de la inocencia. Este aire tan natural hizo sonreirse al Rey, causandole al mismo tiempo la mas dulce ternura. La inocencia?, le contestó, ah! cuánto hechizo le añadis vos!... No pudo continuar, porque Madama se acercaba. La Duquesa, por un movimiento tan pronto como irreflexivo, dejó caer en la cesta, que habia en una mesa delante de ella, la flor de lís, y tomó otra de azucena. Luego conoció la imprudencia de este misterio, y su arrepentimiento empozoñó todo el placer de esta jornada. Permanecieron allí hasta caer el sol, y dieron un paseo á pié por el bosque. Repentinamente sobrevino una gruesa lluvia con tormenta, que obligó á cada uno á buscar un abrigo bajo los árboles. Como la Duquesa marchaba lentamente, quedó sola y la última de todos: el Rey la encontró, le ofreció el brazo; y este apoyo, lejos de asegurar la marcha tímida de aquella á quien sostenia, parecia hacerla vacilar mas.... Luis le prometió conducirla por el camino mas

corto; pero este no tenia fin. La Duquesa inquieta y trémula guardaba silencio; y su sorpresa y turbacion se aumentaron, cuando el Rey, aprovechando una ocasion favorable, le habló de sus sentimientos: su penoso embarazo igualaba su alteracion. Muchas de las personas que buscaban al Rey, se dejaban ya ver por las inmediaciones de la calle donde iba S. M. con la Duquesa: con este motivo la instó á que le diese respuesta; pero no tuvo ninguna. Si él no fuera tan jóven, ó hubiese amado menos, no habria encontrado este silencio tan horroroso: todo el resto del dia lo pasó lleno de tristeza. Era tan excesiva la política del Rey, que ninguno se admiró de que acompañase á la Duquesa, ni menos de que por espacio de mas de una hora hubiera sufrido á cabeza descubierta una lluvia que caía á torrentes, por no ponerse el sombrero dando el brazo á una Dama (1). Tal era el respeto tenido entonces al séxo, en cuyo tiempo los Franceses eran, por confesion de sus mismos enemigos, el pueblo mas amable de Europa. La declaracion respetuosa y apasionada del Rey, tocó muy profundamente un corazon sensible y combatido, que

(1) Pasage verdadero.

ya estaba entregado; mas el movimiento de alegría que experimentó la Duquesa descubriendo la pasion del Rey, le hizo conocer tambien la violencia de sus propios sentimientos, que hasta entonces solo creía eran una simple preferencia. Qué, decia, ¿me lisongearé del triunfo mas funesto y mas criminal?.... ¿Es un amor adúltero el que yo inspiro?.... ?Es posible que, en tretanto él me hablaba, un insensato gozo llenase mi corazon?.... ¿He podido olvidar así, la dignidad de mi séxo, y todos los principios que me son tan caros?.... ¿Y yo he guardado silencio, debiendo quitarle toda esperanza que me sea injuriosa?.... ¡Que piensa él de mí! Sin duda me desprecia!.... Yo sabré reparar este momento de error, y de imprudencia! Ay de mi! ¡Qué precio debo dar á su estimacion! este es el solo de sus sentimientos que me es lícito pretender.... Las resoluciones mas virtuosas fueron el fruto de estas reflexiones. Desde este dia procuró la Duquesa acercarse mas á Madama, y á la Reina, para impedir al Rey que le hablara: se decide este á escribirle; pero se le advierte que la Duquesa escribe perfectamente: él ignora que un billete amatorio no tiene necesidad del arte, y que el mas ingenioso no es siempre el mas per-

suasivo; cree le es indispensable un confidente en tal caso, y elige á Benserade. Este toma la carta del Rey, la enmienda, ó, por mejor decir, la echa á perder: agregó á ella muchas frases espirituales, que quitaban esta verdad de sentimientos, tan preferente á las ocurrencias mas brillantes. El Rey no hizo á Benserade sino una media confianza; le confesó su pasion; pero ocultando el objeto: y aquel no lo sospechó; antes bien supuso que esta carta se dirigia á la Señorita de Pons. Benserade, á los cuarenta y cinco años, siempre galan, amable aún, estaba enamorado de la Duquesa: ella lo ignoraba, y mirandolo cuasi como un anciano, agradecida á sus cuidados, le profesaba amistad, y mostraba confianza.

Recibió la Duquesa la carta del Rey. Ella amaba, y este escrito le pareció un gefe de obra de amor y de talento. El Rey pedia respuesta. Mas, ¡cómo darla á tal carta! Queria quitarle toda esperanza, y sin embargo darle tambien una opinion favorable de su espíritu. Aquella contestacion era la primera y la última, de consiguiente tenia mucha importancia. En este conflicto se decide la Duquesa á consultar á Benserade, ocultandole el nombre del aman-

te, cuyo homenage rehusaba. En efecto, por la noche, en el cuarto de Madama, le suplicó en secreto, que la mañana siguiente pasase al suyo, despues de las doce. Benserade, transportado de gozo al obtener una cita que no se habia atrevido á pedir, esperaba la hora con una impaciencia inexplicable: llegó, y voló al cuarto de la Duquesa. La halló sola: entra, y se le presenta poniendo una rodilla en tierra. Ella creyendo que le daba las gracias por tal confianza, se sonrió á vista de una demostracion exagerada de reconocimiento. Yo queria, le dice, consultaros la respuesta que debo dar á una carta que he recibido: tengo necesidad de un consejo paternal, y este espero de vos. Al oír estas palabras Benserade, quedó helado; se levantó, y tomó asiento. Entonces la Duquesa, no queriendo descubrir el billete del Rey, se lo leyó con voz clara. Benserade conoció desde la primera línea una obra cuasi suya. Como él era menos amante que cortesano, se consoló prontamente, meditando el partido que podria sacar de esta doble confidencia. Cuando la Duquesa acabó su lectura, con una voz baja y trémula, exclamó Benserade: ah! yo adivino vuestro secreto enteramente; solo el Rey puede tener tanto talento. La

Duquesa negó con debilidad; pero luego convino en ello (1). Benserade tuvo mucha dificultad en componer una carta al gusto de la Duquesa; porque esta encontraba siempre equívocas las expresiones. En fin, cierto de que la carta no contendria la última palabra de esta correspondencia, se decidió á dictar la respuesta mas altiva y mas rigorosa. Quedando sola la Duquesa, leyó muchas veces esta respuesta, y en el fondo de su alma hallaba, que el tono era sumamente seco y muy duro: se resolvió á no mandar una contestacion que otro habia dictado. ¿Un artificio no es siempre punible, cualquiera que sea la causa que lo motive? Esta sola reflexion, tan propia de su carácter, la habria decidido independientemente de la causa secreta que ella no se atrevia á confesar. Escribió otra carta, y la mandó á Benserade, que se habia encargado de hacerla llegar á manos del Rey. Benserade se hizo confidente de la Duquesa; obtuvo con facilidad toda la confianza del Rey, quien se dejó guiar enteramente por él. No tuvo inconveniente en persuadirle, que no obtendria jamás una respuesta favorable por escrito; mas no se esperaba que la Duquesa consintiese en una cita. Le prome-

(1) Todos estos pasages son históricos.

tió al Rey ganar á la Señorita de Artigni, cuya habitacion comunicaba á la de la Duquesa. Las habitaciones de las camaristas estaban situadas en la parte mas elevada del castillo; pero era posible llegar por los emplomados; mas de esta manera no se podia entrar, sino por las ventanas que caían sobre una especie de terraplén. Convinieron en que la Señorita de Artigni abriria su ventana, y que de su cuarto pasaria Luis al de la Duquesa. La negociacion de Benserade tuvo todo el suceso que él habia anunciado. La Señorita de Artigni era ambiciosa, y cuando esta pasion no se reprime por principios religiosos, dá, segun las circunstancias, el atrevimiento, la audácia, ó la bajeza y dobléz que pueden conducir al fin que se desea. Aquella misma noche, á las doce, el Rey lleno de inquietud y agitacion, escaló los emplomados, llegó al terraplén, halló la ventana abierta, entró al cuarto de la víl de Artigni, y ella le condujo hasta la puerta del cuarto de la Duquesa (1). Esta, que aun no haria un cuarto de hora que acababa de entrar, estaba sentada en una silla de brazos leyendo la carta del Rey: oyó abrir la puerta, volvió la

(1) Hecho histórico.

cabeza, vió que era el Rey: dá un grito, se levanta, y vuelve á caer en su silla casi desmayada. Luis se pone á sus pies, reconoce su carta, vé que se ocupa de él, se enternece, y procura infundirle confianza, protestandole, que sus sentimientos son tan puros como apasionados. La Duquesa no responde desde luego, sino por un torrente de lágrimas, y despues reprueba al Rey una temeridad que puede deshonrarla: él la promete que nada se sabria, y le dá su palabra de que en lo succesivo no dará paso alguno sin su consentimiento: en fin, le pregunta sobre los sentimientos que él inspira: se le rehusa con firmeza la confesion que solicita; y entonces declara, que oyó toda la conversacion del bosque. La Duquesa oculta su rostro con las manos, y vuelven á correr sus lágrimas. Luis le muestra tanto respeto y delicadeza, que consigue calmarla un poco. En este momento la Señorita de Artigni avisó, que ya empezaba á amanecer; y el Rey se fué.

Al dia siguiente por la mañana, la Duquesa de Navailles, camarera mayor, supo en el acto de levantarse, que á media noche habia andado un hombre sobre el terraplén de las habitaciones de las Señoritas de Artigni y la Va-

lliere: al momento mandó buscar un herrero, é hizo sin dilacion echar rejas á ambas ventanas. Madama de Navailles habia sido siempre de costumbres austéras; pero, orgullosa de su buena reputacion, tenia en esto tanto amor propio, que hacia de la virtud una especie de oficio: queria sacar de su buen nombre una consideracion personal, que no pudiese compararse á otra alguna; y aunque su conducta estaba de acuerdo con sus principios, y no era posible acusarla de hipócrita, podia con justicia reprocharsele exageracion en su manejo, y gusto por las escenas ruidosas. No habia consultado en su juventud sino á su religion y á su conciencia, y el fruto que de esto recogia, quitaba á sus acciones un gran mérito: ella obraba solo para los espectadores. Vanidad cuasi inevitable, cuando uno se encuentra colocado sobre el mas brillante teatro. Así es como la virtud en la córte, sin desmentirse, pierde comunmente sus objetos, olvida su fin, es un papel cómico, y muy continuamente un cálculo de ambicion.

La Duquesa quedó espantada, viendo poner rejas á sus ventanas, y las de su compañera: conocia muy bien que las sospechas caían sobre ella; porque el ningun mérito de la Señorita de Artigni, aseguraba su reputacion en esta mate-

ria. Entregada á la desesperacion, escribió á Benserade, pintandole su dolor; este corrió al Rey, dió cuenta del suceso; y Luis, sin perder momento, ordenó á la Duquesa de Navailles hiciese poner inmediatamente rejas á todas las ventanas de las camaristas, sin excepcion, prohibiendole publicar que él habia dado esta órden (1). Era preciso obedecer. La Duquesa de Navailles se consoló, por el ruido prodigioso que causaria esta especie de ejecucion, honrando siempre su vigilancia y rigidéz, y aun con mas publicidad; pero esta precaucion que salvaba el honor de la Duquesa, era causa de ultrajantes sospechas en todas sus compañeras: ella oye sus quejas, ve correr sus lágrimas, y se reconoce culpable de sus penas, y de la injusticia que sufrian se afligió en extremo. Para distraer la córte de este acontecimiento, que era el objeto de todas las conversaciones, anunció el Rey que daria una fiesta á Madama aquella misma noche en los jardines, despues de cenar.

Madama, con toda su córte, se presentó á las once en el parque: el Rey la condujo al bosquecillo donde habia escuchado la conversacion

(1) Hecho histórico.

nocturna de la Duquesa con sus compañeras. Prevenida en secreto por Benserade, no podia ignorar, que ella sola era el objeto de la fiesta, y debia haberlo adivinado entrando al bosquecillo: este estaba magníficamente iluminado, y decorado con guirnaldas de lis; flores raras en aquella estacion. Al momento recordó, sonrosandose, la rama de lis que imprudentemente habia elegido en el bosque de Vincennes. Las Gracias estaban sentadas en sillas de céspedes, que parecia se hablaban mútuamente: á su lado se veía una soberbia decoracion, representando un misterioso templo, sin inscripcion ni atributos: las Gracias se levantaron, y ofrecieron á la Princesa y todas las damas ramos de lis; entonces se abrió una de las puertas del templo, salió una voz melodiosa, y cantó los versos siguientes:

Quedad mirto, á los amantes,
que mi amor no tiene par:
nuevo emblema ha de explicar
sentimientos semejantes.
Los que á la esperanza oblais
incienso, ó votos penosos,
sin ella sereis dichosos
si á la inocencia adorais.

¡O noble flor, lis brillante,
gefe de obras de natura;
de una alma cándida y pura
símbolo amable y tocante!
La beldad misma aumentaras
de ese luciente frescor,
atributo del pudor,
si lo que yo amo adornaras (*).

Madama elogió mucho estas coplas, que creyó compuestas para ella; y durante la fiesta tuvo extrema alegría, pues su vanidad jamás habia sido tan completamente satisfecha: un triunfo imaginario ó real, no habrá causado en el mundo igual desvanecimiento. Entretanto que ella se envanecia por error, el verdadero objeto de la fiesta solo procuraba confundirse con la multitud, y temblaba de pensar en que se descubriese la verdad: enternecida, confusa é inquieta, recibia con profunda sensibilidad estos homenages ingeniosos y delicados; al mismo tiempo

(*) Nota del Traductor.—Por ligarse no solo al concepto, sino á las expresiones mismas del original francés, no puede hacerse una buena traduccion en verso castellano, á menos que sea libre, adoptando solo el pensamiento del original, aunque ceñido á objeto determinado, como la flor de lis y la inocencia, asunto del elogio.

se reprendia su gratitud, conocia bien el peligro, y se extremecia viéndose rodeada de tantos observadores perspicaces y curiosos, á quienes seria fácil penetrar su secreto.

Cuando se halló sola en su aposento, entregada á una séria meditacion, recordaba con espanto lo que habia acaecido en el término de ocho dias: es preciso huir, exclamaba! sí, es preciso!..... Estoy circundada de seductores, recibiendo perniciosos consejos: yo debo alejarme de esta peligrosa mansion; al menos por algun tiempo, á fin de recogerme, calmarme, si es posible, y reflexionar maduramente en mi situacion.

La mariscala de Bellefonds, que estaba en S. German, pasó á París, y la Duquesa obtuvo permiso de Madama para acompañarla quince dias. Luis, admirado de los cortesanos, era amado de los Parisienses; y debia serlo. En el año de 1662 que hubo mucha escasez, dió pan al pueblo, haciendo venir una enorme cantidad de granos, que se repartió gratuitamente á las familias pobres, en la puerta misma de palacio (1). Remitió tres millones de contribucion. Habia adquirido á Dunkerque; restablecido la hacienda;

(1) Véase el siglo de Luis XIV.

calmado los espíritus; destruido todas las facciones; mostrando tanta clemencia como firmeza: su gobierno era respetado de los extrangeros, y tranquilo entre sus vasallos: en fin, todos sus pasos, desde que tomó las riendas del estado, habian sido útiles, nobles y benéficos. La Duquesa, lejos de encontrar en París las distracciones que buscaba, era perseguida por la memoria misma que queria desterrar de su imaginacion (1). El retrato mas parecido del Rey estaba colocado en la sala de la Mariscala: ella encontraba esta imágen querida bajo todas las formas en los monumentos públicos, en las plazas, en las tiendas, y hasta en el sello de la moneda se le ofrecia este recuerdo cada dia: la escultura, la pintura, el grabado, todas las artes se disputaban la gloria de multiplicarla: el nombre de Luis resonaba incesantemente en sus oídos, estaba escrito en todos los libros (2), y repetido por todas partes. En las conversaciones se hablaba del Rey, siempre con entusiasmo: aun en los espectáculos se oía su elogio, y se veía al pueblo mas amable del universo aplaudir los ver-

(1) Lo que se apodera del corazon y el entendimiento, no permite distracciones.—*El Traductor.*

(2) La aprobacion que los concluye.

sos que celebraban un Soberano adorado, transportandose de gozo, y formando alusiones lisongeras para el Rey. ¿Adonde huir? ¿Cómo olvidarle? En el santuario mismo no podia ser: allí se oraba por él, se hacian públicos votos por su felicidad y por su gloria!.... Todo este concierto de amor y alabanzas, era mas puro en París que en la córte; porque era menos sospechoso. A los reyes se adula en su presencia; pero fuera del recinto de sus palacios se pronuncia la verdad. Cuando, lejos de ellos, todo el pueblo se reune á bendecirlos, y se llena de orgullo en tenerlos por señores, estas aclamaciones son el brillante grito de una justa fama. Obtener tales homenages, es merecerlos. Un Rey sabe reinar, cuando sabe ganarse los corazones; y su verdadera gloria es ser amado.

La Duquesa, nunca mas turbada, escribió á su amiga la condesa de Themine, sin desenvolverle el secreto de su corazon: le decia, que padecia muchísimo, que se hallaba en la situacion mas peligrosa, que tenia necesidad de consejos, y la suplicaba encarecidamente viniese á su socorro. Un poco tranquila con este paso, le afligió menos su suerte, reflexionando, que la habia puesto en manos de una amiga tan fiel; por-

que estaba decidida á dejarse guiar por ella.

Sin embargo, Benserade, enviado por el Rey, vino á instar á la Duquesa para que volviese á la corte: alabó la delicadeza y puros sentimientos del Rey. Ah! dijo ella suspirando, tengo pocas luces; pero la religion me enseña, que esa pureza de que me hablais, es incompatible con una pasion adúltera....—El no ha podido resistirla.—Pero podia ocultarmela.—Quiere sacrificarla á vuestro reposo.—¿Os lo ha dicho?—Quiere, sin consentir en ello, tratar de vuestro establecimiento.—El Rey!....—Sí. Se sabe que el duque de Longueville os ama; el Rey quiere proponeroslo para esposo.—No le aceptaré: mi madre proyectó otra alianza; no he tomado empeño alguno en ella; pero si me decidiese á sacrificar mi libertad, preferiria el esposo que mis padres habian elegido.... La Duquesa dió esta respuesta con un aire de sequedad que no le era natural, cuya observacion no se escapó á Benserade; pero, fingiendo no observar la ligera mudanza de pesar y despecho que asomaha en su fisonomia, continuó instandola, que volviese á S. German; y consiguió le prometiese verificarlo dentro de pocos dias. No era artificio la propuesta del casamiento: el Rey, en efec-

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

to, despues de su entrevista con la Duquesa, concibió tanta estimacion y admiracion hácia ella, que de muy buena fé formó el virtuoso designio de respetar sus principios, é inmolarle su amor y tranquilidad. Esta resolucion habia desde luego tocado el corazon de la Duquesa; pero reflexionandola, conocia cuanto honraba semejante proyecto al carácter de su autor: creyó no debia temer ya, á quien tenia tanto derecho á su estimacion y reconocimiento (1). Esta seguridad, que no habia consentido hasta entonces, acabó de perderla. De vuelta á S. German, veía al Rey con mas ternura y gozo, que emocion; ella no le temia ya: habia estado siempre menos alerta de sus propios sentimientos que de los que inspiraba. El amor, en el corazon de una muger pura y virtuosa, no excita aquellos movimientos impetuosos, que produce una imaginacion desarreglada; no se apodera del alma con violencia; se insinúa en ella, no inflama; penetra: es tan tímido y tan oculto, que se confunde con la calma: es tan generoso, que se asemeja á la amistad: no brilla, pero arrastra.

Llegando la Duquesa á S. German, cambió

(1) ¡O astucias del amor, y ceguedad del corazon humano!—*El Traductor.*

de habitacion, le dieron una que se habia desocupado, mas inmediata á la de Madama: tenia esta una antecámara inhabitada y cuasi ruinosa, cuyas paredes llenas de aberturas, dejaban entrever lo interior de una especie de galeria, que servia de paso á la familia real, para el cuarto de Madama. El Rey, por medio de Benserade, pidió á la Duquesa le permitiera hablarle (1) por cualquiera de las hendiduras: ella no vaciló en consentir: se creeria culpable de la mas negra ingratitud, manifestando la menor desconfianza. Para autorizar nuestra imprudencia (2), encontramos siempre pretestos ingeniosos; y á fin de faltar á los verdaderos deberes, nos los formamos imaginarios: cuando somos incapaces de engañar á otros, nos engañamos á nosotros mismos: una especie de dobléz se mezcla siempre á las pasiones; la franqueza y la rectitud inalterables, solo son propias de la virtud.

A fin de evitar toda sorpresa, se fijó la cita para el romper el dia. El Rey habló de una manera tan noble, tan tierna, como sincera: renovó la pro-

(1) Hecho histórico.

(2) Hasta concluir este párrafo se verá un retrato del corazon humano en cuatro palabras.—*El Traductor.*

puesta de matrimonio con el duque de Longueville. La Duquesa lo rehusó abiertamente: el Rey no insistió, y empezó á hablar de su esperanza y sus sentimientos. Le escuchó gimiendo; pero tuvo la debilidad de prometerle volveria al mismo sitio los dias siguientes. No sin remordimientos concedió la Duquesa estas nuevas citas: faltaban ya pretestos que las escudasen, pues no se trataba de proyectos de enlace; pero el Rey mostraba sentimientos tan generosos, y un respeto tan obligante: hablaba tan bien de la virtud, ¿como resolverse á herirlo, á afligirlo mortalmente....? Dos veces se vieron despues de esta manera el Rey y la Duquesa; pero habiendo percibido las hendiduras de la muralla la vigilante Duquesa de Navailles, hizo taparlas al momento á los albañiles. S. M. expresó el mas vivo dolor en muchos villetes: pedia á la Duquesa lo admitiese en su cuarto; mas esta se negó con firmeza: con este motivo frecuentó el Rey mucho el cuarto de Madama, y se hizo notable. S. M. se conducia con tal prudencia hácia la que amaba, y con una galanteria tan amable por Madama, que las personas mas espirituales de la córte, que componian esta sociedad, no tenian el menor motivo de sospechar sus verdaderos sentimientos; pero se apercibieron de los de la Duquesa. El Duque de Longueville, jóven amable, virtuoso, y dueño de una gran fortuna, estaba sumamente apasionado de la Duquesa, y ella rehusaba un partido tan brillante: esto sorprendió á todo el mundo, les hizo abrir los ojos; porque no era dificil leer en su corazon sin artificio; y el conde de Guiche fué el primero que tuvo sospecha: esta dió lugar á críticas y burlescas conversaciones sobre aquella pasion de novela; pero Madama creía ciertamente, que el Rey no corresponderia, y manifestaba compadecerse de la Duquesa. En efecto, le tiene lástima, decia el conde de Guiche; porque ella la condena al tormento de una desgraciada pasion: el Rey no verá jamás sino el objeto que obscurece todos los demás. Madama escuchaba estos lisongeros discursos con complacencia: aseguraba sonriendose, que el Rey solo era un buen amigo suyo; pero soportaba sin trabajo, que se le contradijera sobre este punto. La Duquesa tenia suficiente talento, para que se le ocultase á qué exceso llegaba la lisonja de Madama, por los sentimientos que se suponian al Rey, y así era fácil que previese lo extremado de su despecho, cuando se desengañase.

Esta idea causaba á la Duquesa un temor insuperable: presentia todo lo que la haria sufrir el orgullo irritado. Un frívolo incidente acabó de traicionarla, y descubrir enteramente su modo de pensar. Una noche, en el cuarto de Madama, presente el Rey, despues de haber hablado de un romance de la Señorita Scuderi, convinieron en dar á todos los que componian la sociedad, segun sus caractéres, los nombres de los personages de esta obra. Madama, como era regular, recibió el nombre de la principal heroina; la condesa de Soissons, su amiga, tomó el de la confidenta; se acordó que el Rey solamente debia conservar el nombre que inmortalizaba: cada uno eligió el suyo, sacandole de los del romance, y prometiendo sustituirle á su nombre verdadero, y firmarse con él en lo sucesivo, siempre que escribiese billetes de aquella sociedad: olvidaron á la Duquesa en esta distribucion; y el marqués de Vardes que lo notó, en el acto le propuso el nombre de una Princesa jóven, insípida, de quien nadie habia tenido cuidado: la Duquesa respondió ingenuamente, que ella tenia su nombre de bautismo, y no queria otro absolutamente. Se le pregunta ¿cual es? y esta pregunta tan sencilla pareció confun-

dirla: una rápida reflexion causaba esta perplexidad.... Madama, admirada de su turbacion, reiteró la pregunta: la Duquesa conoció cuan ridículo era titubear tanto para responder, y esta idea creció su agitacion. Las personas tímidas y sensibles, jamás tienen presencia de espíritu; porque cuando el embarazo en que se hallan llega al extremo, las hace caer en el desaliento. Ella se sonrosaba, se ponia pálida, bajaba los ojos llenos de lágrimas, y no tenia valor para articular este nombre terrible. El Rey trató de variar la conversacion; pero insistiendo Madama con una especie de autoridad, obligó á la Duquesa á resignarse: se sometió, y con una voz trémula y una sinceridad encantadora, dijo, que se llamaba Luisa.... A esta palabra se levantó en el círculo un pequeño murmullo burlesco. Madama se sonrió con un aire de lástima, asegurando, que no habia intentado confundir á la Duquesa. Yo lo creo, replicó el Rey; porque se necesita mucha crueldad para formar designo de intimidar tanta ingenuidad, tanta dulzura y modestia. Estas expresiones, pronunciadas con tono severo, y una agitacion visible, causó tal sorpresa, que súbitamente se mudaron todos los semblantes, desaparecieron las sonrisas maliciosas, cada uno to-